

investigación (el de establecer una hipótesis sobre el uso general de los medios de información), no queda claro el criterio de selección de los entrevistados "ACI" y sus "Contrapartes". El problema reside en que el número de entrevistados en total, por países, es irregular e inconsecuente con el grado de desarrollo social y técnico de éstos. Por ejemplo, mientras Argentina cuenta con 41 entrevistados, Chile y Costa Rica tienen 37 cada uno, y en contrario, México y Guatemala cuentan sólo con 12. Las muestras, por tanto, no corresponden a la realidad ni reflejan tampoco el criterio de la ACI en la selección de sus becarios.

Otro problema que no se resuelve sino parcialmente, consiste en la indiscriminada mención de la frase "uso de la información". ¿Cuál es la actitud de los técnicos y profesionales en el uso de la información: una pasiva o una activa? ¿Se hace uso de esos medios para informar o para ser informado? También la calificación que los autores hacen del grupo entrevistado, llamándolo "subélite de América Latina", no es del todo aceptable. El solo término deforma la visión que se tenga de los resultados.

El grupo de estudio es eminentemente burocrático. Su estrato social es en general de clase media alta con mayores o menores privilegios en sus países de origen, pero presentan grandes diferencias entre sí; por ejemplo, los provenientes de Nicaragua a los de México o los de la Argentina.

El número de entrevistados en los once países fue de 214 y se comparan los resultados de este grupo con los obtenidos en un estudio nacional de los Estados Unidos en 1957; con los de cuatro ciudades del Medio Oeste, de 1960, y con el de "profesores y empleados administrativos del Medio Oeste" de 1960, también.

En el uso de los cinco medios consi-

derados: periódicos, televisión, radio, revistas y libros, la "subélite latinoamericana" hace el uso más alto de periódicos, radio y libros; en cambio, los grupos profesionales de Estados Unidos hacen el "mayor uso de revistas y televisión".

Los autores, en síntesis, concluyen que las personas entrevistadas pertenecen a las esferas más altas de la clase media de las capitales latinoamericanas, "no están en inferioridad o desventaja en el uso de los medios de información pública, no obstante que la situación general en la mayor parte de los países corresponde a aquellos de medios de difusión subdesarrollados".

CÉSAR A. ORTEGA

ISRAEL I. MATTUCK: *El pensamiento de los Profetas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1962. Breviario número 168; 189 pp.

CUANDO una persona religiosa analiza un momento importante en la evolución de su fe, es lógico que lo haga desde el punto de vista del creyente; así, en su estudio de los profetas el doctor Mattuck parte de la creencia en Dios, y dedica mucha atención a puntos propiamente teológicos. No es nuestra intención hablar de estos aspectos, sino comentar brevemente el papel de los profetas judíos en la Historia, tal como se revela en este libro, interesante e instructivo para el lector atento.

Solamente de paso mencionaremos algunas fallas de cierta trascendencia en la exposición: asienta Mattuck que "el progreso del pensamiento humano... ha convertido su idea (la de los profetas, J. B.) sobre la verdadera religión en una verdad evidente por sí misma"; se trata de un peligroso juego con el "sentido común", en que se da por verdadera algo "generalmente aceptado". De esta manera, resultarían verdades "evidentes por

sí mismas" la invariabilidad eterna de las especies, el "hecho" de que la Tierra es el centro del Universo, etc., "verdades" reconocidas generalmente en su tiempo. En varias ocasiones revela el autor su desconocimiento de la filosofía materialista, al afirmar que ésta niega la intervención consciente del hombre en su propia historia y al atribuirle un exclusivismo economista que no padece.

Por otra parte, Mattuck plantea la necesidad de estudiar a los profetas (como a cualquier fenómeno histórico) en su época, para entenderlos; estamos totalmente de acuerdo con él. Desgraciadamente, niega esta postura al atribuir a sus personajes recetas permanentes de democracia; por cierto, la democracia de que habla tiene también un sentido profundamente histórico, al afirmar que siempre habrá ricos y pobres, sólo que éstos estarán protegidos por gobernantes justos. Semejante concepto de la justicia para los pobres era muy avanzado en su época, pero no es eterno; la sociedad actual vislumbra ya la supresión misma de la pobreza; eternizar la protección a los "débiles sociales", equivale a eternizar su existencia.

Señalados estos aspectos, que hacen ver el espíritu estático y, con ello, acientífico de Mattuck en muchos enfoques, veamos las enseñanzas históricas que resume su libro. ¿Quiénes fueron los profetas? ¿Cuándo vivieron? ¿Qué papel jugaron? Aparecen desde el siglo VIII, a. C.; no se trata de profetas "profesionales" como los que abundaban entonces entre los hebreos, sino de hombres, de distintas características personales y de variadas procedencias sociales, que se dedican a expresar lo que consideran inspiración divina, forzados por un impulso interno. Generalmente tienen la desagradable tarea de vaticinar males, de criticar a sus contemporáneos, de enfrentarse a los gobernantes.

La aportación que los identifica objeti-

vamente, en su acción histórica, es la afirmación del monoteísmo, que tanto habría de influir posteriormente en el mundo, a través de las religiones cristiana y mahometana principalmente. Muchas veces se considera que los judíos creían en un solo Dios desde su aparición en el escenario histórico. De hecho, antes de asentarse en Palestina, y mientras fueron un pueblo de pastores nómadas del desierto, adoraban su dios tribal, como la mayoría de los pueblos de la época; consideraban que era el mejor, pero de ninguna manera pretendían que era el único. Su dios, dios del desierto y de un pueblo que vivía en un estado comunal primitivo, era un dios de la igualdad. Al transformarse los hebreos en agricultores, aparece entre ellos la propiedad privada de la tierra, se forman clases sociales opuestas. Los campesinos ricos se entregan el culto de las deidades del país, deidades de la tierra y de la fertilidad; la masa empobrecida de la población goza bien poco de los frutos de la agricultura y suspira por la antigua igualdad, simbolizada en el antiguo dios. Los profetas expresan este anhelo social, en un periodo de graves perturbaciones internas y externas. En sus declaraciones, llegan a referirse a los "antiguos caminos" como los llama Jeremías, y se apoyan expresamente en los "principios morales que regían la sencilla sociedad nómada de los primeros hebreos" (p. 103).

Se trata, fundamentalmente, de exigencias sociales. Para los profetas, como para la sociología moderna, la sociedad no es una simple suma de individuos; la comunidad engendra valores y posibilidades superiores a los de sus integrantes; solamente en la sociedad puede existir la moral (aunque por un motivo que no alcanzamos a comprender, para Mattuck la exigencia del "no matarás" no parece ser de índole moral; dice —p. 92/3—: "Si la sociedad fuera sólo una organización que los hombres hubieran creado a

fin de vivir juntos sin robarse o asesinarse unos a otros, no podría ser juzgada de acuerdo con normas morales, sino sólo por lo que respecta a su eficacia funcional." ¿Estas reglas de convivencia no presuponen ellas mismas un juicio moral?

Las exigencias sociales responden, siempre, a necesidades sociales. Los profetas, en nombre de Dios, exigen que el príncipe respete los bienes del pueblo, condenan la usura y los abusos de los poderosos; expresan las angustias de los pobres que tienen que vender a sus hijos como esclavos, o entregarse ellos mismos en esta condición, para no morir de hambre. La protesta no va solamente contra la miseria y la explotación, sino se dirige también directamente contra la justicia que agrava la situación, en vez de remediarla.

Los profetas aparecen así, históricamente y sin tomar en cuenta los aspectos

propriadamente religiosos de su actuación, como exponentes de un estado de inconformidad popular, que se expresa en la exigencia de una conducta recta: "El hombre justo en sus caminos y recto en sus palabras, que no quiere ganancias fruto de la violencia, y cuya mano rechaza el presente corruptor; el que cierra sus oídos a las proposiciones sanguinarias y se tapa los ojos para no ver el mal" (p. 80). La idea de la justicia social, de la redención de los pobres de su situación de sumisión y opresión, se proyecta en la creencia en un Dios único, justo y todopoderoso, creencia que proviene de la fe en el antiguo dios del desierto, de la igualdad, y que en la época de los profetas adquiere las características señaladas, que habrán de pasar después a las exigencias del cristianismo.

JUAN BROM O.